

## Jubileo de oro de la profesión monástica<sup>1</sup>

CuadMon 145  
(2003) 199-203

Mi acción de gracias por el gran regalo de 50 años de profesión monástica podría ser al mismo tiempo un balance del medio siglo de desarrollo de nuestro monasterio de Las Condes a partir de la etapa beuronense. Cuando conocí este monasterio por primera vez, gracias a algunos compañeros de universidad, el día de San Francisco de Asís, 4 de octubre de 1949, el pequeño resto de la comunidad fundadora de Solesmes y Quarr, formado por los PP. Pedro Subercaseaux y Eduardo Lagos y los Hnos. Luis Marambio y Rafael van Hecke, acababa de ser engrosado con la llegada de los primeros monjes de la Congregación de Beuron, los PP. Desiderio de Maria Laach, Bruno de Neresheim y Pablo Gordan de Beuron. Había un ambiente de expectación y vida nueva, porque se esperaba al nuevo Prior, el P. Odón, que junto con el P. Silvestre y el Hno. Antonio, celebrarían su primera misa pública el 2º Domingo de Adviento de 1949. También en aquel momento histórico del recomienzo de la vida monástica en Las Condes con monjes de Beuron me encontraba presente, pero como un espectador externo, un mero simpatizante, sin sospechar siquiera que en el día determinado por el Señor, me vería vitalmente implicado en la historia del monasterio. Comencé a participar cada domingo en la misa y en el cordial desayuno que seguía después, animado por la presencia y la interesante conversación de D. Jaime Eyzaguirre, de D. Alberto Wagner de Reyna, filósofo y agregado cultural de la embajada del Perú,

<sup>1</sup> Homilía del P. Mauro en ocasión de sus bodas de oro de profesión monástica, pronunciada en la iglesia del Monasterio de Las Condes: 21 de diciembre de 2003. El P. Mauro es monje de dicha Abadía y desde los comienzos de *Cuadernos Monásticos* ha sido, y sigue siendo, un asiduo colaborador y propagador de nuestra revista. Al publicar su homilía queremos ofrecerle nuestro sincero agradecimiento por su generoso servicio.

de Hugo Montes y, ante todo del P. Pablo Gordan, siempre alegre y lleno de vida. Muy pronto se añadieron a estas citas dominicales las del jueves en la tarde, consistentes en conversaciones peripatéticas con el P. Pablo, en la avenida de eucaliptus del fondo de la propiedad del monasterio (actualmente Avda. Padre Hurtado) y que finalizaban con la asistencia a las vísperas cantadas en latín. En el antiguo oficio las vísperas del jueves comenzaban con el misterioso salmo 138 "Señor, tú me sondeas y me conoces". Este fue mi primer contacto con el mundo de los salmos, que poco a poco me fue llevando al mundo de los monjes. Sin embargo, la vocación monástica no fue el resultado de un gradual acostumbramiento a ese mundo, sino una irrupción sorpresiva e inesperada, de la cual me defendí durante casi un año, hasta que me sobrevino el saludable temor de que Jesús pudiera cansarse de ofrecerme su gracia si yo persistía en no aceptarla. Si durante toda mi vida me sentí tan seguro y agradecido de mi vocación, fue porque recuerdo muy bien cuánto me resistí a ella y cuánto se retrasó mi "Sí" al llamado del Señor. Una segunda circunstancia contribuyó a darle firmeza a mi vocación: apenas ingresado al postulante de Las Condes, el 31 de mayo de 1951, me invadió una desolación tan intensa que llegué a creer que me había equivocado totalmente en mi opción por la vida monástica. Me sentía como un paracaidista que, después de haber tenido el valor de dar el gran salto desde el avión, había caído en un país extraño, por entero ajeno al propio ser. Fue el recordado P. Silvestre que, percatándose de mi turbación, se me acercó con mucha humanidad y me dio ánimo, citando los versículos 48 y 49 del Prólogo de la Regla de San Benito: *"No rehuyas enseguida, sobrecogido de temor, el camino de salvación, que no puede iniciarse sino por un principio estrecho. Pero por el progreso en la vida monástica y en la fe, dilatado el corazón, córrase con inenarrable dulzura de caridad, por el camino de los mandamientos de Dios"*. Era la primera vez que escuchaba estas palabras, pero me adhería a ellas y a los pocos días se produciría el alivio. Mirando ahora para atrás, creo poder confirmar el acierto de aquel pensamiento de N.P. S. Benito, que recibí por mediación del P. Silvestre. Sólo precisaría que la experiencia de angustia y noche oscura al inicio de la carrera "con el corazón dilatado" no se da solamente al principio de la vida monástica, sino que se renueva en cada una de las etapas de la vida del monje y de su monasterio. Pienso que es el misterio pascual de participación en la muerte y resurrección de Cristo, en la cual estamos insertados desde nuestro bautismo, el que se hace presente una y otra vez en nuestra vida de cristianos.

Siguió un postulante y noviciado bastante solitario, pues el P. Gregorio, mi sucesor, llegaría sólo en la segunda parte de mi período de formación. Después de la primera profesión, hace exactamente 50 años, el 21 de diciembre de 1952, en la capilla de lo que actualmente es el Hospital

de la Fuerza aérea, siguió el estudio de la filosofía, donde el P. Bonifacio se encargaría de darnos una fuerte impronta tomista. Me alegro que ese regalo del P. Bonifacio coincidiera con la tan reiterada recomendación del magisterio eclesiástico desde los tiempos del Papa León XIII hasta el Papa Juan Pablo II, de que la formación del clero diocesano y regular debe estar regida por los principios de la “*philosophia perennis*” de Aristóteles y de Sto. Tomás.

Estoy especialmente agradecido a mis superiores por haberme enviado a Beuron, para hacer mis estudios de teología y después a San Anselmo, al recién fundado Instituto monástico. En Beuron éramos 40 jóvenes monjes de todos los monasterios de Alemania los que estudiábamos las ciencias eclesiásticas y rezábamos el largo oficio divino de aquel entonces en nuestra capilla especial. En el tiempo de vacaciones quise aprender con el inolvidable Hno. Walafrido el oficio de la encuadernación, lo que motivaría al P. Prior Adalberto Metzinger, a mi retorno a Las Condes, a establecer nuestra encuadernación con la más moderna maquinaria traída de Alemania.

Fue también en ese tiempo de estudios que descubrí casualmente en la biblioteca de Beuron los tomos en que a partir de 1728 se habían publicado las cartas de diversos misioneros jesuitas, que desde las más distantes misiones del mundo informaban a sus superiores o parientes de los sucesos en las regiones en que ellos realizaban sus trabajos de evangelización. Me concentré ante todo en los relatos procedentes del Nuevo Mundo, que me entusiasmaban por la viveza de su percepción humana, su gran sentido de Iglesia y su simpatía por los aborígenes de nuestro continente. Pronto me di al trabajo de traducirlas al castellano y gradualmente fui avanzando en los temas de la historia de la Iglesia en América. Actualmente este ramo se enseña en muchas partes, pero cuando empecé con mis primeras clases en 1970 la historia de la Iglesia se reducía al mundo del Mediterráneo y de Europa.

Sintiendo esta misma importancia del tema americano, me ocupó también la implantación de la vida monástica benedictina en Hispanoamérica. Fue quizás por eso que mi vida no fue la de un monje que vive fielmente, año tras año, el horario claustral, sino más bien de alguien entregado, por decirlo así, a la “*causa benedictina*”, lo que conlleva un ritmo de vida más agitado. Por ello no solamente viví cada vez más de un año en los monasterios argentinos del Siambón, de Luján y de Niño Dios, asimilando algo de la riqueza espiritual de aquellos lugares de oración y trabajo, sino también que participé activamente, por ejemplo, en la fundación de la revista *Cuadernos monásticos* y en las muchas reuniones que fueron necesarias

para la constitución de la “Conferencia de comunidades monásticas del Cono Sur” (conocida actualmente por la sigla SURCO) y de la misma congregación benedictina del Cono Sur. En la misma línea del empeño por lo que llamo “Causa benedictina” estuvieron los 22 años en que trabajé en la diócesis de Valparaíso por los monasterios de Llú-Llíu y de Rautén.

Cuando comencé mi noviciado en 1951 existían tres monasterios benedictinos en Chile. Los más antiguos eran Puente Alto y su ramificación de Viña del Mar y después Las Condes. La eliminación del monasterio de Puente Alto en 1970 fue una pena muy grande por muchos motivos y sirvió de estímulo para que se hiciera todo lo posible por acudir en ayuda de la casa de Viña del Mar, que en 1974 había solicitado su incorporación a la pre-congregación del Cono Sur. El mérito principal de esta iniciativa de salvación de Viña del Mar le correspondió al P. Martín de Elizalde, en aquel tiempo Prior del monasterio de Luján. Su idea era que se podía repetir en Chile su gran empresa de renovación de la vida monástica por el traslado de la comunidad de San Benito de Buenos Aires a Luján. Yo no hice más que tratar de cumplir el plan que el P. Martín de Elizalde, el P. Lagos, Prior de nuestro monasterio y el visitador P. abad Mauro Elizondo habían determinado en la visitación canónica a Viña, el año 1974. El traslado del monasterio desde Viña del Mar a Llú-Llíu no fue más que una consecuencia de este concepto.

Los años 80 fueron particularmente fecundos, no solamente por los nuevos impulsos que el P. Odón Hagenmüller supo imprimir a Llú-Llíu, sino también porque se dio la feliz circunstancia de que la comunidad femenina patrocinada en años anteriores por nuestro antiguo Prior, P. Adalberto Metzinger en San Fernando pudo trasladarse en 1985 a Quillota y ser asumida en 1988 como fundación de Madre de la Iglesia, Uruguay. A partir de 1995 esta comunidad constituiría el monasterio de Sta. María de Rautén. Pero estos progresos de la vida monástica en que para bien o para mal me hallé muy implicado, no sólo tuvieron lugar en la diócesis de Valparaíso, sino que también en Las Condes, gracias al empeño del P. Eduardo Lagos y del P. Gabriel y la comunidad de monjas benedictinas de Oviedo, España, se pudo proceder en 1983 a la fundación del monasterio de Nra. Sra. de la Asunción de Rengo, en la diócesis de Rancagua.

En esa misma época espiritualmente tan fecunda, el Sr. José Manuel Eguiguren, fundador de los oblatos del Movimiento apostólico Manquehue, encontró en nuestro monasterio de Las Condes, sus principales motivos de inspiración, que alcanzarían su madurez por la vinculación con los monjes de la abadía benedictina de Ampleforth, Inglaterra. También colaboré durante varios años con aquel movimiento espiritual, antes de retornar en 2001 a la vida claustral. El Movimiento apostólico Manquehue

representa una proyección de los principales valores de la Regla de San Benito al mundo. Esta proyección fue posibilitada por el Concilio Vaticano II y sin duda merece la mayor atención y el mayor afecto de parte de los monasterios. A su vez el Movimiento apostólico Manquehue debe nutrirse, como lo ha hecho hasta ahora, de su fuente de inspiración monástica. En este sentido, como puente hacia allá y hacia acá, traté de encuadrar, aunque en forma muy imperfecta, mi colaboración con el MAM.

No debemos olvidar que el seguimiento de Cristo a la manera de San Benito no sólo representa la forma de vida religiosa más *antigua* de la Iglesia de Occidente, sino también la *única* en el primer milenio de la historia de la Iglesia, milenio en que Oriente y Occidente estaban unidos y formaban la única Iglesia de Jesucristo, la única legítima descendencia de la comunidad apostólica instituida por el Hijo de Dios hecho hombre. La consigna de la Iglesia “que respira por dos pulmones, el de Oriente y el de Occidente”, proclamada proféticamente por nuestro Papa Juan Pablo II, fue y debe ser una realidad connatural a la vida según la Regla de San Benito, en la cual los valores de la Iglesia oriental antigua y los valores de la Iglesia occidental, como fueron plasmados por los Papas San León y San Gregorio Magno, se encuentran en una síntesis perfecta.

Estas fueron las luces que inspiraron mi vida, dentro de las limitaciones de la vasija de barro que soy y ellas me seguirán inspirando el lapso de tiempo que el Señor se digne de concederme aún.

*Abadía de la Sma. Trinidad  
Casilla 27021 - Santiago 27  
Chile*